



Un Recuerdo Que no Quiso Morir

Un Recuerdo Que no Quiso Morir

Javier Rojas Antolin



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 2291-2026

ISBN: 979-13-7060-167-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Javier Rojas Antolin

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

PRÓLOGO — LATIDOS

Antes de que los recuerdos tuvieran nombre, antes de que los espacios existieran en forma y sombra, había un silencio que se extendía más allá del tiempo.

No era vacío.

Era una plenitud inmóvil.

En ese silencio no existían los bordes. No había dentro ni fuera, ni principio ni final. No existía la palabra *yo*, pero tampoco la separación. Todo estaba contenido en una calma profunda, como si cada emoción futura aguardara su instante, como si cada memoria aún no nacida ya supiera que algún día sería sentida.

El silencio respiraba.

No lo hacía con pulmones ni con ritmo medible. Su respiración era un pulso suave, casi imperceptible, una presencia constante que sostenía lo que todavía no tenía forma. No necesitaba ser observado para existir, ni comprendido para persistir.

Durante un tiempo que no puede medirse, todo permaneció así.

Hasta que algo tembló.

No fue una ruptura violenta, ni un estallido. Fue un leve desplazamiento, un intento de definirse. El primer recuerdo no nació completo; dudó. Y en esa duda, el silencio no se quebró: se fragmentó con delicadeza, como la luz al atravesar un cristal invisible.

De esa fragmentación surgieron los espacios borrosos. Lugares sin coordenadas, sin mapas, donde las emociones flotaban sin dueño y las memorias existían sin pertenecer del todo a nadie.

Allí, el tiempo no avanzaba: se doblaba, se detenía, se superponía a sí mismo.

Nada se había perdido.

Pero nada volvía a ser inseparable.

Ese tejido fragmentado sostenía cada emoción no resuelta, cada pensamiento inconcluso, cada sensación que no había encontrado palabras. Algunos, al percibirlo, intentarían ordenarlo. Otros, huirían. Muy pocos serían capaces de escucharlo sin intentar cambiarlo.

A ese tejido, algunos lo llamarían Lionés.

Otros lo sentirían como una vibración lejana, imposible de explicar.

No exigía ser explorado. No reclamaba sentido ni propósito. No buscaba ser salvada. Simplemente existía, conteniendo cada fragmento con una paciencia infinita, esperando a que alguien pudiera caminar entre ellos sin prisa, sin miedo, sin necesidad de unirlos.

Fue entonces cuando surgió una conciencia capaz de escuchar.

No lo hizo con atención forzada, ni con deseo de comprender. Escuchó porque algo en su interior resonó con ese pulso antiguo, como si reconociera un lenguaje que nunca había aprendido, pero siempre había conocido.

Iria nunca supo cuándo comenzó a oír el susurro.

No hubo un instante exacto, ni una frontera clara entre el antes y el después. Tal vez siempre estuvo allí, oculto bajo pensamientos cotidianos, bajo emociones que no sabían cómo nombrarse, bajo recuerdos que parecían ajenos y, sin embargo, dolían como propios.

Desde ese momento —si es que hubo un momento— el silencio dejó de ser ausencia. Se convirtió en presencia. En una llamada suave, persistente, imposible de ignorar.

No era una orden.

No era una advertencia.

Era una invitación a detenerse.

Porque algunas historias no comienzan con un acto heroico, ni con un viaje visible, ni con un conflicto externo. Comienzan cuando alguien se atreve a permanecer en silencio el tiempo suficiente como para escuchar lo que siempre ha estado ahí.

Y una vez que ese susurro es escuchado, ya no hay forma de distinguir si proviene de un mundo que aguarda ser recorrido...

o de una mente que, por primera vez, empieza a mirarse sin fragmentarse.

CAPÍTULO 1 — EL LATIDO DE LA PRIMERA ZONA

El aire olía a algo indefinido, como memoria que no había sido nombrada. Iria caminaba descalza sobre un suelo que se movía bajo sus pies, cambiando de textura con cada respiración: a veces áspero como tierra vieja, a veces suave como tela húmeda. Sus dedos rozaban fragmentos de luz que flotaban como polvo atrapado en rayos invisibles, y cada contacto enviaba un estremecimiento a su corazón, un eco de emociones que no eran suyas pero que reconocía.

Liones no era un lugar que pudiera recorrer con pasos firmes; era un latido que se sentía desde dentro, un espacio vivo que respondía a su presencia. Cada pensamiento que ella formulaba reverberaba en la zona, transformando sombras en siluetas, recuerdos en estructuras temporales, emociones en aromas que la envolvían. Era un territorio que respiraba con conciencia propia, y la joven viajera pronto comprendió que no podía apresurarlo.

Sus ojos profundos se elevaron hacia el cielo inexistente de aquella primera Zona Borrosa. No había sol, no había luna; solo un tejido de luces difusas que parpadeaban al ritmo de su respiración. Se preguntó si esos destellos eran memorias atrapadas, emociones residuales o simples fragmentos de su propia mente. Cada duda la hacía estremecer, y sin embargo, algo en su interior le aseguraba que avanzar era inevitable.

Al girar un pasillo hecho de sombra líquida, escuchó un susurro. No era una voz humana ni tampoco completamente abs-

tracta; era un eco de lo que la Zona misma podía sentir. Iria se detuvo, el corazón latiéndole con fuerza, y percibió la primera lección: no se dejaba dominar, solo se dejaba habitar. El susurro no pedía atención, no exigía comprensión; simplemente existía, y eso era suficiente.

Caminó un poco más, y pronto apareció un fragmento tangible: un puente suspendido entre recuerdos. No había barandas, no había suelo sólido; cada tablón flotaba en un espacio translúcido, moviéndose ligeramente con cada paso que ella daba. Iria respiró hondo y avanzó, sintiendo cómo sus emociones se mezclaban con las que el puente había guardado: la ansiedad de un niño perdido, la ternura de una madre que nunca fue recordada, la tristeza de un adiós que nadie pronunció. Todo atravesaba su pecho, y por un instante, la joven se sintió inútil frente a la vastedad de la memoria.

Entonces apareció Kael. Su presencia no se anunció; simplemente estaba allí, un punto de estabilidad en el flujo cambiante de la Zona. Vestía ropas que parecían talladas de la misma sustancia difusa que lo rodeaba, y sus ojos, aunque serenos, eran capaces de sostener un mundo entero sin temblar.

—No todos los recuerdos quieren ser tocados —dijo, con voz firme pero distante—. Avanzar aquí no es solo caminar; es decidir qué partes de ti estás dispuesto a dejar ir, y cuáles quieres llevar contigo.

Iria lo miró, intentando encontrar certezas en la calma de Kael, pero comprendió que la lección no era simple: la memoria no se controla, se comprende. Su curiosidad no se apagó; por el contrario, se encendió con mayor intensidad.

Más adelante, Lysa surgió de entre las luces, riendo con la facilidad de quien no teme sentir. Sus pasos eran ligeros y su cabello se mezclaba con la luz como filamentos de emoción viva. Donde ella pasaba, la Zona cambiaba, y los recuerdos parecían bailar con

la intensidad de su presencia. Iria la observó con fascinación y un ligero temor: sentir demasiado podía arrastrarte. Sin embargo, también entendió que la aventura no podía vivirse a medias.

Atravesaron juntas un corredor donde los fragmentos de memoria parecían levitar como hojas suspendidas en un viento invisible. Cada una contenía una historia: un amor imposible, un error irreparable, un miedo que nadie había nombrado. Iria extendió las manos y permitió que los recuerdos rozaran su piel, sintiendo su peso y su suavidad. No los controló. No trató de ordenarlos. Solo los dejó existir a través de ella.

En un claro de luz difusa, Iria se sentó por primera vez a contemplar la Zona como algo más que un espacio físico: era un espejo de su propia interioridad. Comprendió que cada emoción que cruzaba, cada memoria que habitaba, la transformaba. No la debilitaba; la enseñaba a ser resiliente, a aceptar fragmentación, a mantener empatía incluso cuando el peso de otros corazones amenazaba con aplastarla.

Su viaje terminaba allí: no con una hazaña, no con un enfrentamiento, sino con la comprensión de que recorrer Liones significaba aprender a convivir con lo que no se podía poseer. Y en esa aceptación, Iria sintió un primer atisbo de poder verdadero: no el poder de cambiar el mundo, sino de habitarlo y entenderlo.

Se levantó, respiró y miró más allá de lo visible. La primera Zona no había terminado; solo le había ofrecido una enseñanza que debía guardar como primer escalón de su camino. Cada fragmento de memoria, cada emoción, cada susurro flotante sería un compañero en su travesía, y ella ya no podía retroceder. La había recibido, y la viajera, con sus ojos profundos llenos de melancolía y curiosidad, decidió avanzar.

Pero al dar el siguiente paso, algo cambió.

No fue el suelo, ni la luz, ni el aire. Fue la forma en la que la Zona la percibía.

Hasta entonces, Liones había reaccionado a ella como un reflejo difuso, como un eco que respondía sin intención. Ahora, en cambio, había una pausa. Un instante suspendido en el que todo pareció contenerse, como si el propio espacio estuviera observándola con una atención más precisa.

Iria lo sintió en la piel antes de comprenderlo: una leve presión, casi imperceptible, como si el aire tuviera peso. Las luces dejaron de parpadear al ritmo de su respiración... y comenzaron a hacerlo al ritmo de su pulso.

—¿Lo notas? —susurró Lysa, ya sin risa, con una intensidad nueva en la voz.

Iria no respondió. No porque no quisiera, sino porque algo en su interior le pedía silencio. Escuchar, no con los oídos, sino con aquello que había empezado a abrirse en ella.

El puente que había cruzado detrás de ella ya no estaba. En su lugar, un vacío translúcido se extendía como si nunca hubiera existido. No había regreso visible. No había referencia.

Kael dio un paso adelante, observando el espacio con calma, aunque sus ojos revelaban una alerta contenida.

—La Zona te ha reconocido —dijo finalmente—. Eso cambia las reglas.

—¿Qué reglas? —preguntó Iria, sintiendo por primera vez un filo de inquietud real.

Kael no respondió de inmediato. Miró a su alrededor, como si eligiera cuidadosamente qué palabras permitir que existieran allí.

—Las que aún no entiendes —contestó—. Las que no estaban activas... hasta ahora.

Una vibración suave recorrió el entorno. No era un sonido, ni un movimiento, sino una sensación que atravesó todo a la vez. Los fragmentos de memoria cercanos comenzaron a reagruparse, ya no como hojas al azar, sino como si respondieran a una intención.

Frente a Iria, lentamente, empezó a formarse una figura.

No era sólida. Tampoco completamente difusa. Era un contorno hecho de recuerdos superpuestos: manos que no coincidían, rostros que se desvanecían antes de completarse, voces que se insinuaban sin llegar a pronunciar palabras. Pero había algo en esa forma... algo que le resultaba inquietantemente familiar.

Iria dio un paso atrás sin darse cuenta.

—No... —susurró, más para sí misma que para los otros.

La figura inclinó ligeramente la cabeza.

Y en ese gesto mínimo, Iria sintió un golpe en el pecho.

No era miedo.

Era reconocimiento.

Las emociones comenzaron a arremolinarse a su alrededor con más fuerza que antes. Ya no pasaban a través de ella: chocaban, insistían, buscaban quedarse. Como si aquella presencia hubiera abierto una grieta más profunda entre lo que ella era... y todo lo que podía llegar a ser.

Lysa la observó en silencio, sin intervenir esta vez. Ya no danzaba con la Zona; ahora respetaba algo más grande que su propia intensidad.

—Este es el siguiente umbral —murmuró Kael—. No todos llegan a verlo en la primera travesía.

Iria tragó saliva. Sus manos temblaban, pero no retrocedió.

Porque, por primera vez desde que había entrado en Lions, comprendió algo con absoluta claridad:

La Zona no solo mostraba recuerdos.

También podía devolverlos.

Y no todos regresaban como uno esperaba.

La figura dio un paso hacia ella.

Y el aire, por primera vez, dejó de oler a memoria... para oler a algo mucho más peligroso:

Verdad.

CAPÍTULO 2 — LA ZONA DE LA CULPA

El silencio que acompañaba a Iria no era quietud; era susurro contenido, el eco de pasos que ella misma no había dado. La primera Zona había dejado huellas invisibles sobre su espíritu: un recordatorio de que cada emoción podía tener peso, cada memoria un territorio propio. Ahora, mientras avanzaba hacia lo desconocido, sentía que la Zona de la Culpa la observaba, expectante, respirando a su ritmo.

El suelo cambió bajo sus pies. Ya no era el tejido difuso de luz y sombra que atravesó antes; ahora parecía tenso, húmedo y pesado, como si cada recuerdo que había allí quisiera aferrarse a ella. La humedad estaba cargada de voces apenas audibles, fragmentos de decisiones no tomadas, de promesas rotas y de silencios que nadie se atrevió a pronunciar. Iria percibió que este lugar no era amable, pero tampoco hostil: simplemente esperaba ser comprendido.

Sus dedos rozaron un fragmento flotante que tembló con un estremecimiento de culpa: un recuerdo que no era suyo, pero que lo sentía como propio. Sintió un peso en el pecho, un nudo que la hizo vacilar. Cerró los ojos y respiró profundo. Cada emoción contenida en ese espacio la atravesaba, enseñándole la primera lección de la Zona de la Culpa: no todo lo que sentimos nos pertenece, y aun así debemos sostenerlo sin quebrarnos.

—Cada error tiene su sombra —dijo Kael, emergiendo de un fragmento de penumbra—. Caminar aquí no es escapar; es aprender a reconocer lo que nos define sin permitir que nos consuma.

Iria asintió, aunque su mente luchaba por aceptar algo que parecía simple en palabras, pero devastador en sentimiento. Avanzó, y la Zona respondió. Las sombras se alargaron, no para amenazarla, sino para revelar caminos ocultos, corredores que solo se abrían cuando uno se enfrentaba a la verdad de su propia conciencia.

Fue entonces cuando escuchó un llanto tenue, apenas perceptible, que no parecía provenir de un cuerpo. Al acercarse, descubrió al niño sin Pasado, pequeño y silencioso, con ojos grandes y vacíos que parecían absorber la luz misma de la zona. No hablaba, no pedía, solo existía, como memoria desprovista de dueño, como emoción no nombrada. Iria entendió de inmediato que su presencia era un espejo de todo lo que la Zona contenía: vulnerabilidad pura y desamparo.

—Hola —susurró Iria, sintiendo un temblor en su voz—. No tienes que estar solo.

El niño no respondió, pero su mirada se fijó en ella, cargada de preguntas que ni siquiera él podía formular. Iria extendió la mano y sintió que, por primera vez, la zona se inclinaba hacia la compasión. No había magia explícita ni fuerza física: solo el reconocimiento mutuo de que alguien más podía sostener lo que parecía insoportable.

Lysa apareció, riendo suavemente, como si su alegría pudiera despejar la densidad de culpa que impregnaba el aire. Extendió los brazos y un halo de emoción pura se derramó a su alrededor, transformando sombras en filamentos de luz cálida. La Zona no se debilitó; al contrario, se adaptó, mostrando que incluso la culpa podía coexistir con la ternura, que la emoción más pesada podía ser equilibrada por la empatía.

Iria respiró hondo. La Zona de la Culpa no era enemiga. Era maestra silenciosa, recordándole que los recuerdos y las emociones, incluso los más dolorosos, tenían su lugar. Aprendió a moverse con cuidado, a dejar que cada fragmento hablara sin intentar modificarlo, a sostener sin absorberlo, a ser presencia sin imposición.

Mientras caminaba, cada paso resonaba con los ecos de sus propias decisiones pasadas, mezclándose con las de los demás, recordándole que Evora no juzga, solo refleja. La culpa que sentía no era castigo; era aviso, guía, enseñanza. Cada sombra contenía una historia que, al ser reconocida, se volvía ligera y maleable, capaz de coexistir con la luz de otros recuerdos.

Cuando el niño finalmente se acercó y rozó su mano, Iria comprendió que su viaje no sería solo de exploración, sino de acompañamiento. Cada Zona, cada emoción, cada memoria sería un paso más hacia la comprensión de Evora y de sí misma. La culpa ya no era amenaza: era guía. Y en ese momento, Iria dio un paso decisivo: no huiría de las sombras, ni de su propia fragilidad, sino que caminaría con ellas, aprendiendo a equilibrar dolor, memoria y emoción.

Al salir del primer corredor, la zona de la Culpa se desplegó frente a ella como un río que fluye entre piedras de memoria, y por un instante, Iria pudo ver el patrón de todas las emociones: un tapiz inacabado, vibrante, que no necesitaba ser arreglado, solo comprendido. Su corazón, aunque agotado, latía con determinación. Sabía que cada paso sería un desafío, cada emoción un aprendizaje.

Y mientras avanzaba hacia lo desconocido, Iria sonrió, ligera y melancólica a la vez. La Zona de la Culpa la había recibido y enseñado su primera lección: aceptar la fragmentación no es rendirse, sino habitarla con dignidad.

El niño la siguió. Kael los observaba desde la distancia, silencioso y firme. Lysa, con su luz, tejía hilos invisibles entre cada

fragmento de memoria. Y la joven viajera, con sus ojos profundos llenos de curiosidad, comprendió que el verdadero viaje apenas comenzaba, y que Lioness, con todos sus ecos y sombras, sería tanto maestra como compañera.

Pero la Zona aún no había terminado de hablar.

El río de memorias no fluía hacia un destino visible. A medida que avanzaban junto a él, Iria comenzó a notar que el agua no era agua, sino una sucesión continua de escenas que se disolvían antes de completarse. Rostros que intentaban formarse y fallaban. Manos que se extendían sin llegar a tocar. Palabras que nacían y se deshacían en el mismo instante.

El niño sin Pasado se detuvo a la orilla.

Sus pequeños dedos señalaron el flujo inestable, y por primera vez, algo cambió en su expresión. No era tristeza. Tampoco miedo.

Era reconocimiento incompleto.

Iria se arrodilló junto a él.

—¿Quieres entenderlo? —preguntó con suavidad.

El niño no respondió, pero no apartó la mirada. Y eso fue suficiente.

Cuando Iria extendió la mano hacia el río, la Zona reaccionó de inmediato. El flujo se volvió más lento, más denso, como si esperara su decisión. La culpa, hasta ese momento difusa, comenzó a concentrarse en un único punto: un recuerdo que insistía en emerger.

No era ajeno.

Esta vez, no.

El aire se volvió más pesado. Lysa dejó de moverse. Kael, a lo lejos, no intervino.

Iria vio una silueta.

No completa, no clara, pero inconfundiblemente cercana.

Un momento que había evitado. Una decisión que no había terminado de aceptar. Un silencio que había elegido cuando una palabra podría haber cambiado algo.

Su respiración se quebró.

El impulso de apartarse fue inmediato, casi instintivo. Pero algo en la presencia del niño —en su forma de mirar sin comprender— la sostuvo en ese instante.

—No tienes que cargarlo sola —susurró Lysa, esta vez sin risa, con una ternura que no buscaba suavizar, sino acompañar.

Iria cerró los ojos.

Y en lugar de rechazar el recuerdo... lo dejó acercarse.

No lo justificó. No lo corrigió. No intentó rehacerlo.

Solo lo reconoció.

El impacto fue inmediato. El peso en su pecho aumentó, pero ya no era caótico. Tenía forma. Tenía origen. Tenía verdad.

Y en ese reconocimiento, algo cambió.

El río no se detuvo, pero dejó de arrastrar.

El niño dio un paso más cerca de ella.

Y por primera vez, su mano no atravesó la suya.

La sostuvo.

La Zona respondió con un suspiro profundo, casi imperceptible, como si algo en su estructura hubiera encontrado equilibrio por un instante.

Kael habló entonces, sin moverse.

—La culpa que se nombra... deja de fragmentar.

Iria abrió los ojos. La silueta frente a ella se desvanecía, no porque desapareciera, sino porque ya no necesitaba imponerse.

Seguía existiendo.

Pero ya no dominaba.

El río continuó su curso, y las memorias volvieron a dispersarse en su flujo interminable. Sin embargo, algo había cambiado de forma irreversible.

Iria se levantó lentamente, aún con la mano del niño entrelazada con la suya.

—Vamos —susurró.

Esta vez, no avanzaba solo por curiosidad.

Avanzaba con comprensión.

Y la Zona de la Culpa, lejos de cerrarse, se abrió aún más ante ella, revelando senderos más profundos, más complejos... pero también más claros.

Porque ahora ya no caminaba como alguien que teme lo que puede encontrar.

Sino como alguien que está dispuesto a mirarlo.

CAPÍTULO 3 — LA ZONA DEL AMOR INCOMPLETO

Pero la Zona aún guardaba una capa más profunda, una que no se revelaba de inmediato, sino que se insinuaba lentamente, como si esperara a que Iria estuviera preparada para sostener algo más complejo que la simple contemplación de lo incompleto.

A medida que avanzaban, los filamentos de luz comenzaron a entrelazarse de forma más densa y persistente, formando estructuras que ya no se disolvían al instante como antes, sino que parecían resistirse a desaparecer, como si ciertas memorias, impulsadas por una necesidad silenciosa, lucharan por sostenerse en el tiempo más allá de su propia naturaleza fragmentaria.

El aire cambió de manera casi imperceptible, manteniendo su dulzura melancólica pero adquiriendo una tensión nueva, sutil y constante, como si aquello que nunca había llegado a suceder estuviera, de alguna forma, intentando encontrar un modo de manifestarse.

El niño apretó ligeramente la mano de Iria, no con fuerza, sino con una necesidad silenciosa de anclarse a algo que pudiera sostenerlo en medio de esa inestabilidad emocional que comenzaba a intensificarse.

Ella lo sintió de inmediato, no como un gesto físico aislado, sino como una extensión de todo lo que la Zona estaba intentando mostrarle.

—Tranquilo... —susurró, con una voz que buscaba ser firme, aunque en su interior comenzaba a formarse una inquietud que aún no terminaba de comprender.

Frente a ellos, una escena comenzó a tomar forma lentamente, como si se estuviera construyendo a partir de capas superpuestas de intención, recuerdo y posibilidad no realizada.

Dos figuras emergieron.

Esta vez no eran difusas ni inestables, sino más claras, más cercanas, más humanas en su presencia, como si la Zona hubiera decidido reducir la distancia entre la memoria y la experiencia.

Un instante suspendido entre decisión y renuncia se desplegó ante ellos, cargado de una intensidad que no necesitaba palabras para ser comprendida.

Iria sintió cómo su pecho se contraía de forma involuntaria, no por un dolor directo o inmediato, sino por una anticipación emocional que parecía surgir desde un lugar más profundo que la propia experiencia, como si su ser reconociera ese momento incluso antes de haberlo vivido.

Las figuras comenzaron a acercarse lentamente, con una delicadeza que revelaba tanto deseo como duda.

Sus manos casi se tocaron.

El aire vibró con una tensión contenida.

La luz se tensó hasta el límite de su propia forma.

Y entonces, justo en el punto en el que el contacto parecía inevitable, se detuvieron.

No fue por falta de amor, ni por ausencia de intención, ni siquiera por una interrupción externa.

Fue por algo más sutil, más humano, más difícil de nombrar.

Miedo.

La escena no se rompió ni se desvaneció de inmediato, sino que permaneció suspendida, repitiéndose en un bucle silencioso e insistente, como si la propia Zona estuviera atrapada en ese